

ACTO DE DESAGRAVIO

A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO SOBERANO SACERDOTE Y AUTOR DE NUESTRO SACERDOCIO.

Jesucristo, Señor nuestro, verdadero Dios y verdadero Hombre, realmente vivo bajo las especies sacramentales, Único Mediador entre Dios y los hombres, Soberano Sacerdote, Pontífice perfecto, Jesús, Autor y consumidor de nuestro sacerdocio, te adoramos postrados en tu presencia, nosotros, tus sacerdotes, á quienes te has dignado escoger, á pesar de nuestra indignidad, para hacerlos partícipes realmente de tu propio sacerdocio.

Confesamos humildemente cuán poco hemos correspondido al honor y al amor de que nos has colmado, llamándonos á formar parte de la legión privilegiada de tus ministros. Pontífice santo, inocente, sin mancha, deploramos con toda la amargura de nuestros corazones, las negligencias, las faltas, los pecados sin número que han manchado el brillo purísimo de tu viva semejanza, grabada en lo más hondo de nuestras almas, por el carácter sacerdotal.

Dígnate tener misericordia de nosotros, oh Maestro y misericordioso Pontífice, que quisiste agotar en tí mismo todas las tentaciones y todas las penas, para que el sacerdote, á semejanza tuya tuviese extravíos de misericordia, levántase á los caídos y atrajese al recto sendero á los que de él se desviasen.

A pesar de todo esto, somos para tí, somos tuyos, oh Jesús, y tú has impreso en nuestras almas un nombre que no puede hacerse insensible á nuestras debilidades y á nuestro arrepentimiento: "Vos

dixi amicos!" Oh Jesús nuestra parte y nuestra herencia, Jesús nuestro Dios y nuestro todo, somos, á pesar de nuestras miserias, tus amigos y queremos hacernos de nuevo y permanecer hasta la muerte amigos fieles tuyos! Con todo el vigor de nuestra fé y de nuestra esperanza, de nuestro amor y de nuestro arrepentimiento, renovamos la promesa que hicimos en nuestra ordenación: *Tu es pars hæreritatis meæ et calicis mei: Deus cordis mei, et pars mea Deus in æternum.*

PUNTOS DE ADORACION INEDITOS

Del V. Padre Eymard,

FUNDADOR DE LA CONGREGACION DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

JESUS DIOS CON NOSOTROS

I. Adora á Nuestro Señor Jesucristo instituyendo y perpetuando su propio sacramento de amor á fin de permanecer siempre con el hombre, su amigo, y de consolarlo en su destierro; de ser el pan de vida de su viaje á la eternidad, su víctima de salvación, su paraíso anticipado.

II. Dale gracias por la infinita bondad con que ha amado al hombre,—por haberte dado el conocimiento de su amor eucarístico, por haberte llamado á su servicio eucarístico, á la más sublime de las vocaciones, á pesar de tu indignidad y miseria.

III. Desagráviale porque eres tan tibio, tan in-

diferente, tan ingrato, tan culpable para con la Divina Eucaristía;—desagráviale por todos aquellos á quienes has escandalizado, por tus padres, amigos, por todos los pecadores.

IV. Ofrécete, conságrate á su servicio eucarístico, como un buen servidor á su señor, como un valiente soldado á su rey, como un adorador á su Dios.

JESUS DIOS DE BONDAD.

I. Adora á Nuestro Señor Jesucristo haciendo de la Santísima Eucaristía el cenáculo permanente de su amor, donde convida á todos los hombres y á cada hombre en su nombre, á que vengan á sacar á manos llenas, en este tesoro universal é inexhausto, todas las gracias; á que vengan á sentarse al banquete divino de la Comunión sacramental, por medio de la cual da al hombre todo lo que tiene y todo lo que es, á fin de que él, á su vez, al comulgar se entregue todo á El, y le haga el homenaje de su vida.

II. Agradécele este amor inmenso del dón inefable de la Eucaristía, que encierra todos los dones. Dale gracias por todas las gracias que has recibido de la Eucaristía.

III. Humíllate á la vista de lo poco que has hecho para glorificarle en cambio del amor que te tiene: llora tu ingratitud,—pídele las gracias que necesitas á su infinita misericordia.

IV. Hazte el discípulo y el apóstol del Dios de la Eucaristía,—de la acción de gracias eucarísticas, tan descuidada, tan mal hecha; y sin embargo, la acción de gracias es la primera virtud del amor, la flor más bella de la Eucaristía.

JESUS DIOS OCULTO.

I. Adora con fé viva á Jesucristo oculto en el Santísimo Sacramento por su amor al hombre.

Adora su bondad velando su gloria, á fin de que el hombre se aproxime á su Señor y á su Dios y converse familiarmente con El

Adora su santidad velando el brillo y la perfección de sus virtudes, para no desalentar la debilidad del hombre, y para ir enseñándolo por grados hasta elevárselo á El.

Adora su divina misericordia que para obligar al hombre á acudir á Dios, vela su santa Humanidad, la belleza de su divinidad, á fin de que el adorador vaya á Jesús por motivos de fé, por amor, y le adore en espíritu y verdad.

II. Dale gracias á Nuestro Señor por este velo eucarístico que te trae tantos bienes.

III. Humíllate delante de tu Dios, anonadado bajo las santas Especies; desagráviale de las irreverencias y de los sacrilegios de que Jesús es objeto de parte de sus verdugos cristianos. Pídele perdón por tu poca fé, respeto y recogimiento en su santa presencia.

IV. Honra con mayor devoción exterior y con más acendrado cariño al Dios oculto, desconocido del mundo, pero visible á tu fé, caro á tu corazón, la felicidad de vida.

JESUS SALVADOR.

I. Adora á Jesús Sacramentado, como á tu Salvador, su amor ha hecho de la Eucaristía el Calvario perpetuo de la redención. Jesús está sobre el altar en el estado de víctima como sobre la cruz.

El es nuestro mediador perpetuo para con su Padre, al cual le muestra sus llagas para obtenernos la gracia. El es nuestro poderoso abogado continuando en el altar la oración del Calvario. Hace aún correr su Sangre purificadora y santificadora de nuestros cuerpos y de nuestras almas.—Adora los cinco llagas de Jesús de donde salen ríos de gracia y de amor.

II. Ofrécele en acción de gracias á este Dios Salvador, el homenaje de tu cuerpo y de tu alma; el amor y la gratitud de tu Santa Madre la Iglesia, la de la Santísima Virgen al pie del tabernáculo.

III. Desagravia á Jesús crucificado por sus propios hijos aún en el Sacramento de su amor y en su estado glorioso: desagravia á ese divino Corazón que tanto ha amado á los hombres, y que no recibe de ellos más que ingratitud y desprecio. Ellos contristan profundamente su Corazón, haciendo estéril su Pasión y privándose de los méritos, de los sufrimientos de su muerte.

IV. Ofrecete como víctima de reparación á tu amable Salvador, á fin de consolar su Corazón desolado y abandonado. Hazte mediador de misericordia entre Jesús y los culpables. Dile: Jesús, Salvador de todos los hombres, perdónalos porque no saben lo que hacen, están en el delirio de las pasiones, en la locura de la razón; ha sido el demonio, vuestro enemigo, quien los ha puesto en la incredulidad, en la impiedad, en el odio de vuestra gloria; perdónalos como perdonaste á tus verdugos, á fin de que sean la más bella corona de tu misericordia.

Oración de San Ignacio de Loyola.

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, y toda mi voluntad, todo mi haber y poseer; vos me lo dísteis, á vos, Señor, lo torno; todo es vuestro; disponed á toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta.

Trescientos días de indulgencia una vez al día.
(León XIII, 26 de Mayo de 1883.)

Adoración para el principio del año.

*Regi saeculorum immortalis
et invisibili soli Deo honor et gloria!*

PRIMER CUARTO DE HORA.—ADORACION.

Esta alabanza, oh Jesús, Rey invisible en la Hostia, te conviene siempre; pero más particularmente te conviene al principio de este año nuevo que tu bondad se digna concederme.

Tú eres el Rey de los siglos: es decir, tú eres el que dispones, según tu beneplácito, de los años de que se componen los siglos y que, más antiguo que el tiempo dominas al tiempo. Justo es que este tiempo que es un dón de tu misericordia te sea con sagrado, y que no haya instante alguno que no se

emplee en tu servicio y en tu gloria. Vengo, prostrado á tus piés á confesar que tienes con justicia este derecho.

Si es verdad que tienes este derecho sobre todas las criaturas, es cierto igualmente que sobre el sacerdote lo tienes principalmente; pues al escogerle, al llamarle, al elevarle á la eminente dignidad del sacerdocio le constituiste en una jerarquía especial; al darse á Tí, al escogerte como la parte de su herencia, el sacerdote sabe que ya no pertenece á las criaturas, sino que pertenece, se debe él mismo, sus obras y su vida, todos los instantes de su vida, á Tí solo.

Vengo, pues, oh Jesús, á reconocer y á confesar, al principio de este nuevo año, este deber primordial de mi sacerdocio.

Con inefable gozo te adoro y reconozco en esa Hostia que te contiene en la realidad de tu vida divina y humana, como al Autor de mi existencia, como el fin supremo y único al cual se ordena mi vida, y en vista del cual debo obrar, sufrir, trabajar, luchar y santificarme. Con gozo inefable adoro tus derechos sobre mí; derechos sobre mis estudios, sobre mi amor, mi fidelidad, sobre la consagración inviolable de todo mi ser.

Creando en tus derechos sobre mí, creo en mis deberes hacia Tí, ¡oh Rey inmortal de los siglos! en el deber de obedecerte, de aceptar tus leyes, de someterme á tu imperio, de respetar, amar y reconocer prácticamente tu autoridad absoluta sobre mí; creo que debo ser tu siervo, tu ministro, únicamente ocupado en los intereses de tu gloria. Creo que para cumplir este deber me has concedido este nuevo año.

2. ° CUARTO DE HORA.—ACCION DE GRACIAS.

El año que comienza, obligándome á trabajar en vista de la eternidad, á proseguir sin desfallecer en la obra de mi santificación y de mi dependencia sin reserva en obsequio de la salvación de las almas, me da al mismo tiempo, gracias, socorros, facilidades de todo género, que me hacen posible la realización de tus designios, que sin ellos alarmarían mi debilidad personal.

¡Oh Jesús! ¿quién podría contar el número y ponderar la eficacia de tus gracias? ¿Podría contar las gracias de mi sacerdocio, aunque sólo fuesen aquellas que me hubieses dispensado en el curso de un solo año? Gracias de tantas misas ofrecidas, de tantas comuniones recibidas, gracias de tantos sacramentos administrados, gracias de perdón, de salvación para tantas almas, gracias de las que he sido feliz dispensador . . . gracias de luz, de dirección, de fidelidad, gracias de amor, de consagración, de unión, de santidad!

El pasado responde del porvenir, pues, oh Jesús, “eres siempre el mismo y los años no cambian tu amorosa condición.” No menos abundantes, no menos saludables serán las gracias que tu bondad me prepara para el año que comienza.

Estas gracias superabundantes nos las dan los Sacramentos, especialmente la divina Eucaristía, es decir, Tú mismo, oh Jesús, tú que cada mañana descendes á mi voz al altar y á mi corazón, donde traes con la plenitud de tu vida la plenitud de tus dones, tú que por amor á las almas, y sobre todo por tu amor á los Sacerdotes, permaneces en el Santo Tabernáculo, á fin de ser el Amigo de su soledad, el Consolador de sus penas, su Confidente,

su Consejero, su Apoyo, su Fuerza, su Alegría, en fin, y su inmutable Esperanza! ¿Con tales socorros podría considerar difíciles los deberes de mi Sacerdocio, irrealizable la santidad? Al recordar los numerosos beneficios que he recibido en el tiempo pasado, al recordar, oh Jesús, los recibidos en el año que acaba de pasar, en los que tu bondad me reserva para el nuevo año, me arrojo á tus brazos con el corazón lleno de reconocimiento y de confianza! ¡Oh gracias de la presencia de Jesús en la tierra! ¡Oh bondad de Jesús! sé bendita y alabada para siempre.

TERCER CUARTO DE HORA.—PROPICIACION.

Después de haber considerado las gracias tan variadas como eficaces que tu bondad me ha concedido el año trascurrido; después de haber confesado el deber que me incumbe de consagrar á tu servicio todos los momentos de mi vida, debo examinar cuál ha sido el empleo que del tiempo he hecho. Cuál ha sido la medida de mi generosidad y de mi celo en santificarme, qué provecho he sacado de los Sacramentos, especialmente del Sacramento de la Eucaristía; qué estima he hecho de tu presencia real. Cuál ha sido mi confianza en tí, y mi asiduidad en visitarte, qué satisfacciones he ofrecido á tu divino Corazón. Cuál ha sido mi celo en hacerte amar, en extender tu reino, en procurar la gloria que mereces? A todo esto debo responder hiriendo humildemente mi pecho y confesando mis numerosas negligencias.

ULTIMO CUARTO DE HORA.—SUPLICA.

Puesto que eres Rey, oh Jesús, es justo que reines. Llegue pues tu reino y se establezca en mi corazón. Haz que, poniendo en práctica las virtudes, me haga semejante á Tí, un sacerdote según tu Corazón *Adveniat regnum tuum*. ¡Oh Jesús! reina en mí y por mí. Esta es mi oración. Ojalá que en el curso de este nuevo año ofrezca á tu Divino Corazón tantos consuelos, como faltas te he dado en el año que acaba de pasar.

Mas por medio de la Divina Eucaristía ejerce sobre mí tu imperio y realiza mi transformación en Tí; por la Divina Eucaristía quiero desde este día dedicarme á conocerte mejor, y con este fin; estudiarte más y visitarte con más frecuencia; por la Divina Eucaristía quiero honrarte más, amarte más sinceramente, imitarte más fielmente; por la Divina Eucaristía, quiero en fin, hacerte conocer, y glorificarte por todos los medios posibles.

Directorio práctico para la Adoración.

Semper vivens ad interpellandum pro nobis.

Jesús vive siempre intercediendo por nosotros.

[HEBR., VII, 25.]

El santo Sacrificio es la más sublime de todas las oraciones; Jesucristo se ofrece en él á su Padre, *le adora, le tributa acciones de gracias, le da satisfacción de nuestros pecados*, y le suplica en favor de

la Iglesia, de los hombres sus hermanos y de los pobres pecadores.

Esta oración augusta la continúa Jesús por su estado de víctima en la Divina Eucaristía; unámonos pues á la oración de Nuestro Señor; roguemos como El por los cuatro fines del sacrificio; esta oración reasume toda la religión y encierra los actos de todas las virtudes.

De la Adoración.—El acto de adoración eucarística tiene por objeto divino la excelencia infinita de Jesucristo, digno por sí mismo del honor y de la gloria. Unámonos pues á las alabanzas de la corte celestial cuando, prosternada al pie del trono del Cordero, exclama llena de admiración: "Al que está sentado en el trono, y al Cordero, bendición, honra y gloria, y potestad por los siglos de los siglos." Con los veinticuatro ancianos, deponiendo ante los piés del Cordero el homenaje de su corona, al pie del trono eucarístico ríndele el homenaje de toda tu persona, de tus facultades, de tus obras, diciéndole: "A tí solo el honor y la gloria."

Contempla en seguida la grandeza del amor de Jesús, instituyendo, multiplicando, perpetuando la divina Eucaristía hasta el fin del mundo: admira su sabiduría en esta invención divina que es la admiración de los ángeles mismos; alaba su poder, que ha triunfado de todos los obstáculos, exalta su bondad que ha regulado todos los dones. Déjate arrebatar de transportes de alegría y amor viendo que tú mismo eres el fin del más grande como del más santo de los sacramentos, pues Jesucristo hubiera hecho por tí solo lo que ha hecho por todos: ¡qué amor!

En la imposibilidad de adorar á Jesús como merece, invoca el socorro de tu ángel custodio, fiel

compañero de tu vida. Adora por la Santa Iglesia á este Dios que ella te confía para que la representes á sus piés. Unete á todas las adoraciones de los santos, á los ángeles y á los santos del cielo; pero sobre todo á las adoraciones de la dulce Virgen María y de San José Adora á Jesús por medio del mismo Jesús; por él se hace la más perfecta adoración: es Dios y Hombre, tu Salvador y tu hermano al mismo tiempo. Adora al Padre celestial por su Hijo Divino, objeto de todas sus complacencias, y tu adoración valdrá lo que la de Jesús.

De la Acción de gracias.—La acción de gracias es el acto de amor más dulce para el alma, el más agradable para Dios; es el homenaje que le rendimos á su infinita bondad. La Eucaristía es el reconocimiento perfecto; Eucaristía quiere decir acción de gracias: Jesús le tributa acciones de gracias á su Eterno Padre por nosotros. El es nuestra propia acción de gracias. Agradécele al Padre celestial el haberte dado á su Divino Hijo, no sólo como Salvador en la Encarnación, como Maestro de la verdad, sino principalmente como tu Eucaristía, tu Pan de vida, tu cielo anticipado. Agradécele al Espíritu Santo que continúe produciéndole todos los días en el altar por medio del sacerdote como lo hizo una vez en el seno virginal de María.

Que se eleve tu acción de gracias hacia el trono del Cordero, hacia el Dios oculto, como un incienso de agradable olor, como la más bella armonía de tu alma, como el amor más puro y más tierno de tu corazón. Dale gracias con la alegría y la generosidad de Zaqueo cuando recibía la visita de Jesús; dale gracias con la Santa Iglesia, con la corte celestial.

Considera la belleza, la bondad siempre antigua y siempre nueva del Dios de la Eucaristía, contempla su estado sacramental, los combates que ha tenido que sostener contra su propia gloria para humillarse hasta los límites de la nada. A la vista de tanta bondad, que la acción de gracias se escape como la llama de un poderoso incendio que rodee el trono eucarístico, que se una y se confunda con la llama radiante y devoradora del Corazón de Jesús y que se eleve al cielo hasta el trono de la augusta Trinidad.

De la Propiciación.—A la acción de gracias debe seguir la reparación; de la alegría tu corazón debe pasar á la tristeza, á los gemidos, á las lágrimas, al dolor más profundo, considerando la ingratitude, la indiferencia, la impiedad de la mayor parte de los hombres para con el Salvador Eucarístico.

¡Cuántos hombres olvidan á Jesús después de haberle amado y adorado! ¿No es de suyo amabilísimo? ¿Ha dejado de amarlos? ¡Oh ingratos! porque es demasiado amable no quieren amarle; porque es demasiado bueno, no quieren recibirle. Hay quienes corresponden á su amor, ultrajándole, negándole. Cierran los ojos para no ver este sol de amor; y entre estos ingratos hay vírgenes sacrílegas, sacerdotes indignos, corazones apóstatas, serafines y querubines caídos. He aquí tu parte, sacerdote adorador: llorar á los piés de Jesús despreciado por los suyos, crucificado en tantos corazones, abandonado en tantos lugares; consolar el Corazón de este Padre tierno á quien el demonio, su enemigo, ha arrebatado tantos hijos. Tu misión es pedir gracia por los culpables, es hacerte víctima de propiciación con tu Divino Salvador.

De la súplica.—En fin, la impetración debe co-

ronar tu adoración. La impetración es la fuerza y el poder de la oración eucarística. No todos pueden predicar á Jesús, ni trabajar directamente en la conversión de los pecadores y en la santificación de las almas; pero todos los adoradores tienen la misión de María á los piés de Jesús; la misión apostólica de la oración al pie del trono de la gracia y de la misericordia. La oración es pues la más grande glorificación de Dios; la oración es la más grande virtud del hombre, encierra todas las virtudes, las cuales la preparan y la componen. Es la fé que crece, la esperanza que ruega, la caridad que pide para dar; es la humildad del corazón la que compone la oración, la confianza la que la dicta, la perseverancia la que triunfa del mismo Dios como un dardo inflamado. El adorador pone á Jesús en el trono de su intercesión, como al abogado divino de todos sus hermanos rescatados.

LOS ANTECESORES DE LA FAMILIA SACERDOTAL.

MELQUISEDEC.

.....*Sicuti accepta habere dignatus est....
quod tibi obtulit summus sacerdos tuus Mel-
quisedec, Sanctum Sacrificium, immaculatam
hostiam.*

Can. Misae.

Texto.—*En efecto, este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios altísimo es el que salió al encuentro á Abraham cuando volvía victorioso de la derrota de los reyes y el que le bendijo; á quien asimismo dió Abraham el diezmo de todos los despojos; cuyo*

nombre en primer lugar significa rey de justicia, además de eso era rey de Salem, que quiere decir rey de paz, sin padre, sin madre, sin genealogía, sin ser conocido el principio de sus días, ni el fin de su vida, sino que queda siendo por esto imagen del Hijo de Dios, queda sacerdote eternamente. Contempla ahora cuán grande sea. . . . (De Ep. ad Hebr., 7, 1, 2, 3, 4.)

Melquisedec tiene el insigne honor de ser el tipo más perfecto del soberano Sacerdote: Nuestro Señor Jesucristo: *Asimilatus Filio Dei*. San Pablo lo declara en las palabras que acabamos de citar. En cuanto á nosotros los sacerdotes, se presenta como el ideal sobrenatural del estado sacerdotal, de sus grandezas, de su poder, de las virtudes que deben decorarlo. El, es, pues, nuestro antecesor, nosotros somos de su orden. *Tu es sacerdos in æternum secundum ordinem Melchisedech*.

Adoración.—Adoremos á Nuestro Señor Jesucristo en su estado, en su título, en sus grandezas, sus poderes, su santidad, y sus funciones de sacerdote. La figura profética de Melquisedec pone de relieve todos los tesoros de sobrenatural belleza, contenidos en su sacerdocio.—Es de origen divino el sacerdocio de Jesucristo; pues su generación no es conocida: *Cujus generatio non annumeratur*. Su sacerdocio viene sólo de Dios, de su generación divina de Verbo de Dios, comunicada á su generación humana de Hijo de María. Es desde la eternidad: *Neque initium dierum. . . . habens, manet sacerdos in perpetuum*, pues si comenzó á llenar sus funciones en el tiempo, el origen de su poder se remonta á la eternidad. La santidad incomparable de su sacerdocio que no se liga con nada creado: *Sine Patre, sine matre. . . . manet sacerdos in per-*

petuum. La obra de su sacerdocio ha sido la paz entre la Divina Majestad ofendida y la criatura culpable: *Deinde autem rex Salem, quæ est rex pacis*.—Oh sacerdotes! este sacerdocio de Jesucristo bosquejado en las grandezas y en los incomprensibles privilegios que el Espíritu Santo atribuye a Melquisedec, es nuestro propio sacerdocio, pues no somos sacerdotes sino de su propio sacerdocio; estas son, pues, nuestras grandezas, nuestro poder, nuestra santidad, nuestro estado y nuestra obra: lo que somos por gracia debemos serlo por la virtud, que entrevemos en el tipo del rey de Salem, y que contemplamos, en la realidad, en Jesucristo: adoremos á Nuestro Señor Jesucristo. asimilémonos á El, que es necesario que la adoración nos asimile al Hijo de Dios.

Acción de gracias.—Melquisedec fué enviado á Abraham victorioso ya de sus enemigos para que ofreciese en su nombre al Altísimo el sacrificio de acción de gracias que, por sus victorias y por la protección divina, debía á Dios: *Benedixit ei et ait: Benedictus Deus excelsus, quo protegente, hostes in manibus tuis sunt*.—Como oblación ofrece el pan y el vino: el pan como símbolo de todos los bienes de la vida; el vino, símbolo de la fuerza que hace vencedores á los hombres. Exige que Abraham participe del mérito de esta oblación haciendo el sacrificio de la décima parte del botín. Mucho más perfecto es el sacrificio de acción de gracias de Jesucristo en la Cena. Eleva los ojos á su Padre, sabe que todas las criaturas lo han recibido todo de su liberalidad y le da gracias.—Se ofrece bajo las especies de pan y de vino, á fin de que estemos seguros de encontrar en El todos los dones necesarios para nuestra vida temporal y eterna y de alcanzar